

VIOLENCIA, EXILIO, DISLOCACIÓN DEL ALMA Y AUSENCIA DE LA CARNE: LA POESÍA DE MERY YOLANDA SÁNCHEZ Y MIRYAM ALICIA SENDOYA

Paula Andrea Valero

Licenciatura en Lengua Castellana
Universidad del Tolima



Poeta Miryam Alicia Sendoya

La violencia en Colombia no solo está enmarcada por lo que percibimos a través de medios informativos. Existe un trasfondo que involucra la vida de miles de familias que viven en carne propia los vejámenes de la misma. Una guerra que no distingue raza, género o edad, un monstruo que abre sus fauces y arrasa con todo a su paso, un velo de muerte que deja dolor, desazón, incertidumbre, injusticia y lo más perdurable, el alma quebrantada de familias desterradas. Mery Yolanda Sánchez (Guamo, Tolima) y Miryam Alicia Sendoya (Ibagué) desencadenan una escritura asoladora, perspicaz,

impregnada con un sello de brevedad, que no nos permite dar paso al olvido, otorgando una voz a la dignidad humana que les fue arrebatada ferozmente a las familias menos favorecidas, ante la mirada estéril de sus madres, esposas, hijas y demás familiares. Aunque la muerte cumple un papel importante dentro de la poética de estas dos escritoras tolimenses, también da paso de manera controversial a la vida. Es un último aliento de aquellos a los que se les arrebató la vida, en medio del sufrimiento y penumbra de la guerra, aquellos que, sin tener el conocimiento o la razón exacta de su calvario, dejaron su existencia, tomada vilmente por hombres descompuestos humanamente: “No se trata de entender la “forma poética” simplemente como cuestión métrica o retórica. La forma va ligada al contenido, a la visión de mundo y lecturas ideológicas que posibilita el texto lírico. Forma y contenido son “siempre un todo armonioso” (Eagleton, 2010, p.125).

Miryam Alicia Sendoya fue ganadora del Premio Nacional de Poesía Ediciones Embalaje, con su libro *Muro de sombras y pájaros* (2014). Sus metáforas aluden de manera sorprendente a la desaparición forzada, en medio de un desasosiego por la violencia colombiana. Su devoción por la patria al narrar lo que no dicen las historias oficiales, se convierte en una voz para los silenciados, flagelados e impunes. Tal como señala Jorge Ladino Gaitán (2020), la memoria de los cuerpos ausentes, víctimas de la

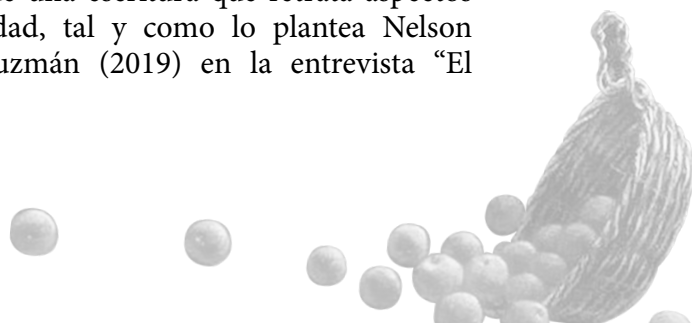


violencia “encuentran una morada espiritual en la obra lírica de Miryam Alicia Sendoya, quienes fueron expulsados de su País-Casa encuentran en las páginas de la autora una Casa-Poema” (p.40)

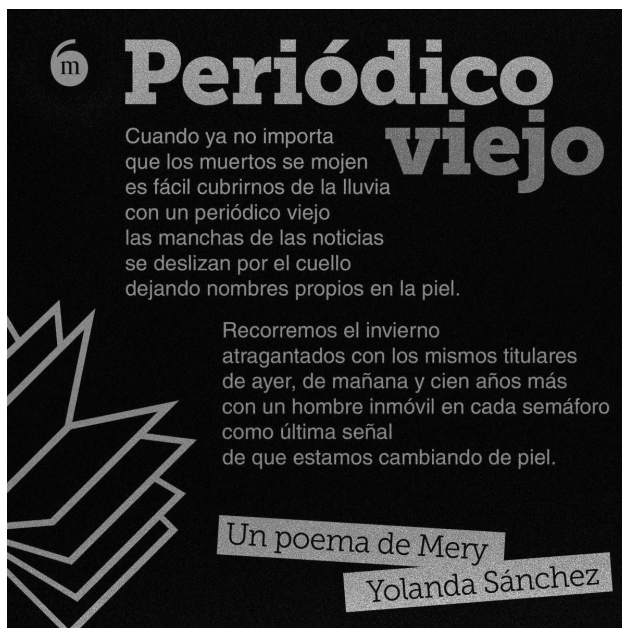
La poesía no vista como instrumento, sino como un lienzo que retrata las realidades de nuestra patria y que por hoy nos convoca los poemas “Segundo tiempo” de la autora Mery Yolanda Sánchez recopilado en su libro *Un día maíz* (2010) y “XXX”, del libro *Muro de sombras y pájaros* (2014) de Miryam Sendoya. Ellas apuntan a una memoria histórica que nos envuelve en un fino hilaje, trasfigurando nuestra “realidad”. Nos retorna a esos escenarios violentados, devolviendo a la vida la memoria de todos los niños, mujeres, hombres y ancianos que dejaron el mundo terrenal. Una poesía como testimonio en medio de un territorio hostil que nos obliga a olvidar su horror. Sánchez lo expresa de la siguiente manera en su poema “Segundo tiempo”: “Un día dejarás a un lado tu sur del castigo por el recuerdo de tus hijos en las calles hambrientas. Te prepararás para escapar antes de contar veintiún pasos al patíbulo” (2014, p.7)

Precisamente, Jorge Luis Borges en su libro *Arte poética* define a la poesía como un juego de palabras, que se encuentra en la vida misma y en ese mismo sentido en la ausencia del cuerpo, dando sentido a las vivencias, aunque sean cotidianas. Es así como en este poema “Segundo tiempo”, encontramos la vida y la existencia de una memoria, una escritura que surca las inclemencias del tiempo y espacio, en medio de las historias que hacen alusión y rinden tributo a quienes les fue arrebatado el último aliento: “los antiguos, cuando hablaban de un poeta — un «hacedor»—, no lo consideraban únicamente como el emisor de esas elevadas notas líricas, sino también como narrador de historias. Historias en las que podíamos encontrar todas las voces de la humanidad: no sólo lo lírico, lo meditativo, la melancolía, sino también las voces del coraje y la esperanza” (2000, p.25)

Podemos afirmar que la poesía de Sánchez refugia las memorias de un pueblo indolente, nos transmite sensaciones de dolor e impotencia, partiendo de una escritura que retrata aspectos de la realidad, tal y como lo plantea Nelson Romero Guzmán (2019) en la entrevista “El



diagnóstico de la realidad en la poesía de Mery Yolanda Sánchez: “Las imágenes de Mery Yolanda son bellas de otra manera, porque son tomadas de la realidad directa, muy colombiana fundada por la violencia, en una tierra abonada con despojos de carne y hueso” (p. 70). Su poesía posee una envergadura de dolor, destierro (exilio) y muerte, evocando imágenes que logran una belleza inexplicable. Ahondar en el mundo oscuro de la guerra, no desde las victorias, sino que al contrario desde las vivencias de quienes suponían ser ajenas de ellas, nos lleva a una lectura entre líneas, a vagar por esos caminos desolados, manchados de rojo con algunos despojos humanos, e imaginar tan siquiera una mínima parte del dolor y desesperanza que se vivió en cada una de las historias que nos refiere.



En esta misma medida, Sendoya canta bajo las letras de su poesía los flagelos de un país que en su tierra siembra cuerpos, en medio de fosas comunes sin derecho a una sepultura por parte de sus familias, con el alma oscura y empedernida de quienes cometen estas atrocidades, aquellos que desaparecen vidas, exiliando almas sin nombres, reconstruyendo la memoria colectiva a partir de la metáfora “vínculo con lo estrictamente personal y la memoria colectiva, la metáfora humaniza a toda criatura desde sus tensiones, retos, batallas

y luchas” (Castro, 2018, p. 49, citado por Gaitán, 2020, p.41).

En el poema “XXX”, nos expresa la fatal incertidumbre de quienes esperan a sus seres queridos. La ausencia de su humanidad, que sumergió a sus familias en el limbo de la angustia y esperanza por ver de vuelta a quienes sin fortuna solo se encuentran en despojos humanos, sin identidad lejos de sus tierras, se convierten en una raíz desprendida de su árbol:

XXX

Los ausentes se silencian,
hablan,
gritan,
son extraños,
no están y están lejos de sus amados,
del paisaje,
de sus muertos,
de ellos cuando mueran,
de la tierra que no abrazan.
Huyen de sus huesos
-solos-
sin música,
lejos de casa (2015, p.32).

El uso de la metáfora se interpreta dependiendo del contexto del autor y lector, siendo este último el que le otorga un significado profundo reviviendo en su subconsciente la vida a través de las historias de aquellos que fueron víctimas mortales “El contenido de un poema no es meramente la expresión de emociones y expresiones individuales. Por el contrario, estas sólo llegan a ser artísticas cuando, precisamente gracias a la especificación de su recepción de forma estética, cobran participación en lo universal” (Adorno, 2003 p.49).

La escritura de Sánchez, al igual que la de Sendoya, se encuentra impregnada de un tema tan controversial como el exilio, siendo una “acción no elegida” y situación injustificada, en la que el ser humano se ve obligado a dejar su tierra en la pródiga aventura de encontrar otros lugares a donde arribar. La desazón e incertidumbre

en la que se encuentra el exiliado es susceptible a la comparación de una dislocación física, sometiéndose a un cambio forzoso de lugar, el sujeto se encuentra en un estado de adaptabilidad constante. En palabras de Aventín Fontana (2011), el exilio es “una experiencia desgarradora” (p.47), lo cual obliga al individuo a un cambio de marco sociocultural, bajo la sospecha o amenaza del nuevo territorio a donde este llega o en caso desafortunado, reposa sus huesos. De esta manera, lo percibimos en el fragmento del poema “Segundo tiempo”:

Volverás al norte donde agonizaron tus madres. No recordarás el arma que le mandó nueve silencios a tu cuerpo ni el monstruo que oprimió el gatillo. Tampoco recordarás las manos que te obligaron a dejar tu niñez en el frío de tu abuela muerta. Volverás a las apuestas por tus otras vidas y levantarás con más fuerza la botella que te hace olvidar la oscuridad. Tirarás en el centro de la gallera tu última gratitud, la que no estaba escrita, pero que ahora reconoces en la mano que estira para dar de beber a tu victimario. (Sánchez, 2010, p.7)

Los cambios que experimenta el sujeto exiliado (en este caso como consecuencia de la violencia) generan una experiencia que pone en juego, no solo su identidad, sino también su integridad. Corbatta (1994) afirma que “el exilio es una experiencia que siempre puede capitalizarse. Si uno no se vuelve loco” (p.167). Así, el sujeto exiliado se va fragmentando, desdibujando y mostrando distintos elementos que sirven para evidenciar procesos históricos que se dan en ámbitos sociales y culturales, revelando así una crisis que desenlaza términos concretos, sean económicos, sociales y políticos. La forma elocuente con la que Sánchez y Sendoya narran cada uno de sus poemas trae consigo un estado de sublevación y catarsis. Las autoras refieren a la experiencia que podrían haber vivido cada una y las personas que fueron asesinadas o marcadas de manera permanente por el despojo de sus tierras y seres queridos: “Olvidarás un día, Carlos, que pronto aprendiste a encontrar perdices para la cena de tu amo y a gritar la noticia de puerta

en puerta, donde tú eras el próximo de la lista” (Sánchez 2010, p.7).

El nombre de Carlos retumba en los poemas de Sánchez y en su compilado *Un día maíz*, siendo el hombre que personifica cada una de las vivencias, horrores, dolor y “laceración de la carne y espíritu” recopilando cada una de las historias y conciencias a manera de voz poética que retrata una descomposición social. En la entrevista que Nelson Romero Guzmán (2019) realizó a la autora, ella manifiesta:

Cuando escribo no determino el tema, él es el resultado de sentir, observar para transformar esa cosa tan terrible de la realidad que me toca. No tengo otra manera de hacer presencia. Quizás para mí misma, para mi propia recuperación. Porque también me he sentido agredida, violentada por los acontecimientos. (...) es preciso reconocer que examinar la verdad, hablar de ella, conocerla a través del arte produce miedo (p. 71).

Mery Yolanda Sánchez

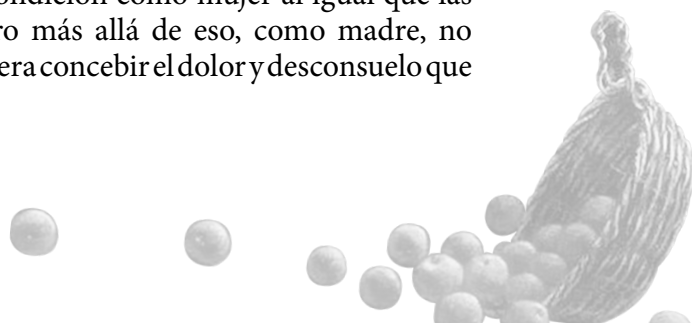
Rostro de tierra



En esa medida, la escritura y producción de textos desde varias perspectivas nace a medida que transcurren hechos históricos, algunos hacen alusión a ellos, como el ensayo *Dónde está la franja amarilla*. William Ospina nos devela cómo a lo largo de los años, la historia de nuestra amada patria se ha visto impregnada de conflictos

y guerras que dejan a su paso una enorme cicatriz que aún no ha sanado totalmente, “luchas intestinas por el poder; corrupción; masacres; odios manipulados por las clases dirigentes para polarizar y llevar a los pobres a la guerra civil, mientras ellas aumentan sus recursos y tierras; entre otros flagelos” (Citador por Gaitán, 2020, p. 40).

Desde mi condición como mujer al igual que las autoras, pero más allá de eso, como madre, no puedo si quiera concebir el dolor y desconsuelo que



ocasiona la pérdida de un hijo. La misma condición humana desata en algunos hombres la peor de las codicias por un reconocimiento ante la fuerza pública y el país, al “dar de baja presuntos positivos”, y aquí evoco el documental sobre las Madres de Soacha *Retratos de familia* (2013) de Alexandra Cardona Restrepo, donde podemos percibir el tema del exilio y la desaparición forzada, como la partida de aquellos hijos que fueron arrebatados de sus hogares y obligados a dejar su vida y dignidad, ante los ojos impregnados por un profundo mar de lágrimas, que siguen inundando el alma, de las madres que tienen la esperanza por encontrar los restos de sus hijos, y así, dar un adiós de consuelo al saber que su recuerdo sigue en sus memorias. Este documental es un revivir de la memoria, en medio de una dignificación humana que se desvaneció en manos de la injusticia. Cardona al igual que Sánchez y Sendoya, plantean un revivir de aquellos rostros que fueron enterrados en fosas comunes, olvidados y sometidos por una fuerza pública que arrebató a las madres dadoras de vida, a aquellos hijos que recuerdan con fervor.

A través de la literatura que surge a raíz de este fenómeno que ha golpeado abruptamente la vida de millones de colombianos, estos escritos develan facetas o elementos propios del comportamiento humano desde el ámbito social y cultural a través de la memoria que suscita nuestra historia colombiana. Una memoria que tiene como frente una fuerte crítica hacia las situaciones vividas por el país, en la que muchos de sus gobernantes pretenden estar ajenos a ellas. De esta forma lo expone Mery Yolanda Sánchez en cuanto al significado de la poesía y su esencia: “La poesía es algo visceral y hablo de lo que mueve mis entrañas. El lenguaje del terror tiene un lenguaje que no todos vemos de la misma manera, no tiene que haber un consenso en las lecturas que se hacen de él. Nos asumimos desde lo personal para descubrir nuestro entorno y pulsar nuestros acontecimientos” (Romero Guzmán, 2019, p.72).

En suma, la descripción atemporal que nos suscita los poemas de Mery Yolanda y Miryam Sendoya y en este caso el poema “Segundo tiempo” y “XXX” nos recuerda una realidad fragmentada en la cual aún seguimos viviendo, una poesía que en palabras de Martín Heidegger “desoculta lo que vemos” desde otro ángulo, a través de un arte que reconfigura la trágica historia colombiana[“la poesía es la restauración del ser con la palabra” (Heidegger, 1992, p.3), una voz de aliento para las memorias de miles que fueron olvidados y algunos con la banal suerte de emprender un exilio sin rumbo fijo, con los ojos y el alma enterrados en un pasado doloso, “la poesía no es un adorno que acompaña la existencia humana” (p. 4), ni sólo una pasajera exaltación ni un acaloramiento y diversión. La violencia “en la poesía muchas veces está más abajo la piel del lenguaje, en las atmósferas y los silencios, que, en los enunciados directos, propagandísticos, de quienes adhieren a la idea de ser boca de partido” (Roca, 2001, p. 120) siendo esta el “fundamento que soporta la historia”. Un corto y sencillo cúmulo de palabras que lleva consigo el desasosiego de una memoria que clama por justicia y en aras de ello es plasmada en historia, la cual resignifique las familias y muertes como instauración de la dignidad. A Todo esto alude la poesía instaurada por estas grandes escritoras que desde su condición como mujer, sensibilidad ante hechos tan atroces y siendo “hijas de esa violencia”, las miles de desapariciones y asesinatos se refugian en sus palabras, son adoptados en la memoria de los poemas y viven de nuevo cada vez que los leemos: “La lectura de la poesía colombiana desde el ámbito de la violencia lleva a pensar que no es sencillo para el poeta realizar su obra, tan lejos de intuiciones, de los alumbramientos muchas veces dictados por la esfera de lo irracional, para, a un mismo tiempo, volcarse hacia el ejercicio de una reflexión de su época” (Roca, 2001, p.61)

Una poesía cargada de sobriedad que nos invita a una introspección en lo más oscuro de la condición humana, un revivir de la memoria del dolor, la injusticia, penuria muerte y olvido, un destello de luz que remueve nuestras entrañas y nos sumerge en una verdadera realidad. En esto y mucho más podemos indagar en la poesía de estas dos grandes escritoras, que ahondan en una literatura que reconstruye la voz de los silenciados, a través de una estética sobria, a las que les debemos una

memoria mas allá de la historia trasgredida por la violencia del poder. Una memoria que revive a través de las inclemencias del tiempo aún en medio de la injusticia que caracteriza nuestra amada patria, un tributo y consuelo para aquellos que no olvidan y sufren la ausencia y perdida como consecuencia de una guerra que no solo trasgrede la carne, también el alma de quienes la vivieron. Una poesía que canta con horror y belleza una memoria de voces silenciadas.

Referencias Bibliográficas

- Adorno T. (2003). Discurso sobre poesía lírica y sociedad. *Notas sobre literatura*. Madrid: Editorial Akal, p.p. 49-67
- Aventín Fontana, A. (2011). Algunas notas para el estudio del exilio en la obra poética de Cristina Peri Rossi. *Revista de Filología Románica*, Anejo VII, p.45-54. Corbatta,
- Borges J. (2000). *Arte poética: seis conferencias*. Editorial Australia.
- Castro, G. A. (2018). *Resurrección de la imagen*. Cali: Rosa Blindada Ediciones.
- Corbatta, J. (1994) “Metáforas del exilio e intertextualidad en *La nave de los lcoos* de Cristina Peri Rossi y *Novela negra con argentinos* de Luisa Valenzuela”. *Revista Hispánica Moderna*.
- Gaitán J, (2020) “País-Casa”: La intimidación violentada en Miryam Alicia Sendoya Guzmán”. *La santidad del ocio: poesía del Tolima, siglos XX y XXI*. Ibagué Sello Editorial Universidad del Tolima.
- Heidegger M. (1992) Hölderlin y la esencia de la poesía. *Arte y Poesía*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Jorgelina C. (1994) “Metáforas del exilio e intertextualidad en *La nave de los lcoos* de Cristina Peri Rossi y *Novela negra con argentinos* de Luisa Valenzuela”. *Revista Hispánica Moderna* p.47,1: 167-183.
- Ospina W. (1996) *Dónde está la franja amarilla. Colombia: el proyecto nacional y la franja amarilla*. *Revista Número 9*.
- Roca, J. M. (2001). La poesía colombiana frente al letargo. *Revista de la Casa de las Américas*, No. 225, La Habana (Cuba), pp. 116 -123.
- Romero N, (2019). El diagnóstico de la realidad en la poesía de Mery Yolanda Sánchez. *Revista Ergoletrías*. Universidad del Tolima.
- Romero N, Gaitan J, Monroy L, (2020) *La santidad del ocio : poesía del Tolima, siglos XX y XXI*. 1ª. Ed. -- Ibagué Sello Editorial Universidad del Tolima.
- Sánchez M. Yolanda (2010) *Un día maíz*. Universidad externado de Colombia decanatura cultural. Ladiprint Editorial Ltda.
- Sendoya, M. A. (2015). *Muro de sombras y de pájaros*. Roldanillo (Colombia): Ediciones Embalaje.

